

HISTORIA ORAL DEL COMPONENTE AEREO MALVINAS

ACLARACION DE www.radarmalvinas.com.ar

El siguiente es el relato del entonces Teniente Jaime Enrique UGARTE, perteneciente a la Artillería Antiaérea de Fuerza Aérea, quien se desempeñó como operador del misil superficie aire SA-7 Strela durante el Conflicto de Malvinas

LOS GURKAS TAMBIEN TEMEN

Copyright © Jaime Enrique Ugarte



El mismo está disponible en la Dirección de Estudios Históricos de la Fuerza Aérea Argentina

LOS GURKAS TAMBIEN TEMEN

El Misil

El misil SA-7 *Estrella Roja* es un arma portátil utilizada por la infantería de varios países del mundo; tiene cabeza térmica y una vez *enganchado* al blanco, avisa con dos señales, una sónica y otra lumínica que está listo para ser disparado.

El Cruce

Realizamos el cruce a Malvinas la primera tanda de operadores de este misil, junto con el Suboficial Ledesma de Artillería Antiaérea Argentina.

En la mitad del viaje fui invitado a la cabina de la *Chancha* (Hércules C-130) y realmente me impresioné por lo cerca que volábamos de las olas, cada tanto borradas por la capa de neblina.

Me asombró la serenidad de los tripulantes; me llegaron a despertar admiración por su valentía hombres como el Comodoro Beltramone, el Mayor Veliz y el Mayor Bruno.

La vista de la tierra me tranquilizó y el aterrizaje fue preciso como toda la operación.

Puerto Argentino

Me destinaron al aeropuerto. El Mayor Maiorano y el Capitán Savoia estaban a cargo de la defensa del mismo y me indicaron mi zona de responsabilidad.

Cumplíamos turnos de guardia con el misil, esperando con ansias la aparición de un Harrier.

Desgraciadamente utilizaban sus *regalos* desde muy alto por lo que todos temíamos que alguna de esas bombas *rifadas* nos cayera a nosotros.

Bahía Fox

Un día el Capitán Savoia me ordenó que junto con el Cabo Principal Bevilacqua y el Cabo Peirone, concurriéramos en helicóptero desde el *bunker* (refugio) de artillería antiaérea a una zona que estaba siendo atacada por el enemigo.

En ese helicóptero tuve la sorpresa de encontrarme con dos compañeros míos, los Tenientes Longar y Pinto.

Llegamos al lugar: era Bahía Fox. Encontramos varias casas destruidas por el bombardeo de los Harrier. Había también un Teniente de Ejército herido.

A cargo de esa fracción estaba el Mayor de Ejército Minorini Lima, que realmente demostraba, junto con sus hombres, que eran buenos profesionales.

Allí se encontraban muchos sobrevivientes de los barcos nuestros, hundidos por los ingleses.

A la noche iniciaron las fragatas un cañoneo que ocasionó varios muertos y heridos.

Nosotros estábamos esperanzados en que intentaran el desembarco allí, porque los esperábamos con los brazos abiertos.

En cada cañoneo controlábamos el mar, esperando ver las lanchas de desembarco.

En el primer cañoneo pegaron en el Puesto de Comando, en el que yo me encontraba, destruyendo una de sus dos habitaciones; gracias a Dios la que estaba vacía.

A la mañana siguiente escuchamos el ruido de nuestros aviones que iban hacia las fragatas.

Decirlo no parece importante, pero ver aviones propios que atacan al enemigo es un respaldo anímico y psicológico muy grande.

Un día interceptamos una comunicación de un inglés que pedía ayuda para un piloto que se había eyectado y estaba herido en su granja. Cuando escuchamos al piloto y reconocimos la voz del Teniente Héctor Luna, nos emocionamos.

30 Kilómetros al sur de Darwin.

Nos vino a buscar un helicóptero y nos dejó en una zona en donde se encontraba una patrulla formada por un Sargento primero de Ejército y siete soldados.

A las 18:00 horas el Teniente Longar nos pasaría a buscar para llevarnos de regreso; no volvió más. En mi ausencia habían tomado Darwin.

Decididos a no entregarnos, construimos un refugio en la ladera de un acantilado frente al mar y lo utilizamos como campamento base; desde allí salíamos a patrullar en busca del enemigo.

Al tercer día se nos acabó el alimento y cazamos una avutarda (ave parecida al ganso).

Debido a que temíamos ser descubiertos si encendíamos fuego, calentábamos trocitos de la misma con un encendedor descartable y los comíamos. Lo mismo hacíamos con mejillones y otros frutos del mar; llegamos a comer hasta un repollo que encontramos en una quinta abandonada.

El frío era mucho, tanto que un soldado comenzó a presentar síntomas de gangrena en un pie. A medida que fueron pasando los días se hizo necesario hacerlo permanecer todo el tiempo en el refugio.

Cada día que pasaba me hacía sentir más débil, pero igual trataba de demostrar firmeza para que mis subordinados no decayesen. Pero al anochecer me retiraba a algún lugar solitario, prendía un cigarrillo a cubierto y luego rezaba mientras se me escapaban algunas lágrimas de impotencia; luego volvía desahogado y nuevamente dispuesto a la lucha.

La mala alimentación y el frío nos debilitaron tanto que sufríamos mareos y dolores de cabeza continuos.

Si bien la comida era mala pero no faltaba, el problema consistía en no poder cocinarla.

Nuestras esperanzas se desvanecían al escuchar en nuestra radio el avance inglés sobre Puerto Argentino.

Los días pasaban y cada vez estábamos peor, nevaba, había mucho viento y nuestra debilidad aumentaba.

Doce días después de vivir en esas rigurosas condiciones salí en una patrulla con dos Suboficiales de Fuerza Aérea que presentaban una moral elevadísima. Cuando regresábamos vimos entre la neblina (ya habíamos sido alertados por el ruido) a un helicóptero posado junto al campamento, muchos soldados ingleses y el Suboficial y los soldados nuestros con las manos a la nuca. (Había también tres helicópteros Sea Linx y dos Sea King).

Escapamos lo más rápido que podíamos (ya que estábamos extenuados) para evitar correr la misma suerte pues la desproporción era mucha.

Súbitamente, desde atrás de una loma aparecieron dos helicópteros en vuelo que nos intimaron rendición por altoparlantes; les contestamos tirándoles con nuestros fusiles FAL, por lo que se escondieron en vuelo bajo detrás de una elevación para aparecer en otro punto atacándonos con cohetes que explotaron muy cerca.

Mientras esto ocurría sin que lo notáramos, nos iban rodeando los Gurkas (mercenarios de Nepal que combaten defendiendo a quienes los han convertido en colonia y despojado de sus sagradas tradiciones).

Llegamos a una casa abandonada; aparentemente no había nadie, pero desde unos cincuenta metros, atrás de una roca apareció un Oficial inglés y nos pidió que nos rindiéramos. Uno de los Suboficiales le efectuó un disparo, y casi en el mismo instante nos vimos rodeados por alrededor de treinta y cinco Gurkas. Pensé que estábamos perdidos y dije a mis hombres: *¡Ya no hay nada que hacer, resistir es solo hacerse matar inútilmente, arrojemos las armas al suelo!*

El Oficial dio un grito y los Gurkas se nos vinieron encima; cuando íbamos a reaccionar, el inglés dio otro grito en nepalés y los *chinitos* se frenaron como el perro cuando grita su amo. El inglés empezó a gritar que pongamos las manos en alto y, pese a que ya lo habíamos hecho seguía gritando por lo que le dije, en inglés, que deje de gritar. Él me contestó que estaba muy nervioso. Nos comenzaron a rodear, esgrimiendo en una mano el fusil y en la otra un cuchillo curvo que sacaban por detrás del cuello; vociferaban y hacían gestos como diciendo que nos iban a degollar.

Nos tiraron al suelo y nos apuntaron con el fusil a la cabeza. Estábamos tan cansados que ya no teníamos noción de lo que ocurría.

El oficial inglés relataba todo lo que ocurría por un micrófono que tenía en el casco.

Cada tanto venía alguno y nos apoyaba la punta del cuchillo en el cuello, haciendo gestos de que nos iban a degollar.

En esos momentos vinieron a mi mente recuerdos de escenas vividas con mi esposa y mi hijo y me puse a rezar.

Pasamos la noche con un Gurka al lado de cada uno, con la punta de su cuchillo en nuestro cuello.

Al otro día fuimos trasladados en un Sea King a San Carlos.

Los Gurkas son de baja estatura, rasgos achinados, muy disciplinados y muestran un respeto rayano con el temor por los Oficiales ingleses. Para ellos parece ser un motivo de orgullo pertenecer al ejército británico. Son místicos, exaltados, nerviosos, creo que hasta que tuvieron el dominio total, tanto el inglés como ellos tenían más miedo que nosotros y me parece que los gritos que daban era para descargar los nervios.

Me llevaron a un interrogatorio.

¿Rango? me preguntó un Oficial inglés.

Air Force Lieutenant Teniente de la Fuerza Aérea, le dije.

Pero, ¿y ese uniforme verde? me preguntó en inglés.

Es el que usamos los artilleros le dije.

Inmediatamente el Oficial inglés cambió su actitud agresiva y los Gurkas se hicieron a un costado, demostrando respeto; me desataron y me llevaron con los otros prisioneros de la Fuerza Aérea sin hacerme más preguntas.

Luego me enteré que los Gurkas habían presenciado ataques de nuestros aviones, lo que los había impresionado mucho, pues admiran el valor y el desprecio a la vida.

Creo que no nos veían como enemigos, sino como profesionales que los enfrentábamos.

Cuando fui trasladado en un barco al continente, el soldado inglés que me llevaba la comida, golpeaba discretamente la puerta y decía: ¿*Chief?* (Jefe). Yo advertía en su discreción un oculto homenaje al valor de los miembros de la Fuerza Aérea Argentina.

Cuando vi a mi esposa y a mi hijo, agradecí a Dios los años por vivir, a los que yo había dado por perdidos.